



KELLY BOWEN

El jardín de los secretos perdidos

Un castillo. Una familia. Un misterio
que puede cambiar la historia.

 Planeta

Kelly Bowen

EL JARDÍN DE LOS SECRETOS PERDIDOS

1

STASIA

*Ruan, Francia
8 de junio de 1935*

El muerto no tenía botas.

Cuando vio los pies desnudos y sucios que apuntaban hacia las sombras de un estrecho callejón, Stasia Niemec se quedó paralizada con las manos sobre el manubrio de su bicicleta. Desde luego, había visto gente muerta antes, pero esa gente había sido querida en vida y tratada con consideración. A este hombre, en cambio, evidentemente no lo querían. Lo dejaron abandonado en la calle y a Stasia le parecía insoportable que pudiera ocurrir algo así.

El hombre murió en una posición torcida, apoyado contra una pared de ladrillos derrumbada, rodeado de basura y vidrios rotos. Era difícil saber cuántos años tenía, pero su barba gris enmarañada y su cabello ralo sugerían que tenía, por lo menos, la edad del padre de Stasia. Estaba vestido con los restos de un uniforme de soldado de hacía dos décadas; el abrigo azul era casi irreconocible, poco más que un harapo gris opaco, sin botones.

Un grupo de peatones con cestas y bolsas del mercado pasó junto a Stasia, pero aceleró el paso frente a la entrada del callejón, ignorando al muerto o solo eligiendo no verlo. Stasia abrió la boca con la intención de llamarlos, pero luego la cerró, sin saber qué les diría o qué podría pedirles. Los muertos ya no pueden recibir ayuda de nadie; sin embargo, ella no podía marcharse así como así.

Stasia dejó su bicicleta en la entrada del callejón y avanzó hacia el cuerpo, ignorando el hedor a basura podrida y orina. Se agachó y observó los dedos que, incluso en la muerte, se aferraban como garras al cuello de una botella de ginebra. Los estragos del contenido de esta botella, y sin duda de cientos anteriores a esta, estaban escritos en su rostro escuálido y demacrado, pálido e inmóvil bajo la barba.

Por lo menos tenía que cubrirlo con algo, quizá con su abrigo, hasta que lograra conseguir que alguien lo recogiera. O tal vez en el callejón hubiera algo que pudiera usar para...

—Déjalo. No lo toques.

Stasia recibió la orden como un regaño y se levantó de inmediato, casi perdiendo el equilibrio.

Un muchacho, que no podía ser mayor que los quince años que tenía ella, la empujó con el hombro al pasar y se agachó frente al cuerpo. Era alto y delgado, con músculos enjutos que se marcaban en sus antebrazos, bajo la raída camisa arremangada por encima de los codos. Su cabello era rubio y lo tenía muy corto; su rostro era un conjunto de ángulos amargos y exasperados.

—¿Lo tocaste? —Los fríos ojos grises del chico la inmovilizaron.

Stasia por fin pudo hablar.

—No, solo estaba...

—¿Tomaste algo?

Stasia miró fijamente al muchacho.

—Solo iba a cubrirlo. ¿Crees que le robaría a un muerto?

Él retiró la mirada y se puso a hurgar en un morral de cuero

desgastado que llevaba cruzado sobre el pecho. Sacó un paquete envuelto en papel.

—No está muerto —murmuró.

—¿Qué?

El muchacho puso el paquete sobre el regazo del hombre e intentó quitarle la botella vacía a la que se aferraba la mano sin vida.

—Que no está...

El hombre que Stasia había dado por muerto volvió a la vida de repente, abriendo los ojos con pánico ciego y la boca en un grito silencioso. Lanzó un golpe violento con el brazo que sostenía la botella, esta golpeó al muchacho en un costado de la cabeza antes de romperse en pedazos. El chico se desplomó a un lado y el hombre del abrigo se puso de pie tambaleándose, solo para dar dos pasos y colapsar de nuevo.

Stasia permaneció inmóvil durante un instante, casi sin poder respirar y demasiado sobresaltada para reaccionar. El hombre ahora estaba encogido en el suelo, gimiendo con las manos sobre la cabeza. El muchacho había logrado apoyarse sobre sus manos y rodillas; una herida profunda encima de su ojo izquierdo sangraba de forma abundante, dejando brillantes manchas color escarlata sobre el cuello y hombro de su camisa, de esa manera tan dramática en que suelen sangrar las laceraciones del cuero cabelludo. Tenía los ojos cerrados con fuerza, las manos apretadas en puños y murmuraba maldiciones para sus adentros.

Stasia ignoró al hombre y caminó hacia él.

—Mírame.

El chico se llevó una mano a la sien y sus ojos se abrieron grandes al ver sus dedos ensangrentados.

—Mierda —gruñó.

Stasia le puso una mano en el hombro y se agachó para verlo.

—Mírame —repitió con la voz que su abuelo usaba para dirigirse a los pacientes difíciles: directa y firme, pero no severa.

Él alzó la mirada y la vio directamente a los ojos, furioso.

—No me toques —respondió con brusquedad y se separó de ella.

Stasia vio satisfecha que las facultades del muchacho parecían estar en orden, así que se levantó y dio unos pasos hacia atrás, observando de reojo la cortada.

—Necesitas que te cosan esa herida —le dijo. Y era verdad. Stasia ya le había cosido heridas menos graves al caballo cascarrias de sus abuelos.

Él la ignoró y se puso de pie despacio, presionando la herida con la manga de su camisa.

—¿Me escuchaste? Necesitas que...

—No necesito nada y menos de ti. Esto es culpa tuya.

—Yo solo quería ayudar...

—No necesito que me ayudes más —replicó, enojado, el muchacho—. Ya hiciste más que suficiente. —Miró la manga de su camisa e hizo una mueca al ver la mancha de sangre—. Mierda —gruñó de nuevo.

Stasia devolvió su atención al hombre mayor que seguía encogido en el suelo. Se agachó muy despacio a su lado y le habló con voz suave, como lo habría hecho con un niño aterroizado. Con mucho cuidado, le quitó el cuello roto de la botella de la mano y lo apartó antes de que pudiera dañarse a sí mismo o a otra persona.

—¿Puede sentarse? —le preguntó al hombre con la misma voz que había usado con el chico.

Al oír su voz, el hombre dejó de gemir y se incorporó para alejarse de ella. Se puso a temblar y se tapó las orejas con las manos.

—Los oigo —murmuró—. Siempre los oigo. Siempre, siempre. Están regresando. Los aviones.

—No hay ningún avión —le aseguró Stasia.

—Te dije que no lo tocaras. —El chico interpuso su cuerpo entre ellos; luego, se dio la vuelta, obligando a Stasia a retroceder un paso más—. Vete y déjanos en paz.

Stasia negó con la cabeza, confundida por la reacción del

muchacho. Habría esperado que él dirigiera su furia hacia el hombre que lo había golpeado o, cuando menos, que se fuera para atender su herida; por el contrario, la ignoró y se interpuso entre el hombre y Stasia, como si la amenaza fuera ella.

—No era mi intención que...

—Vete.

La forma en que lo dijo sonó desesperada, así que Stasia dejó de hablar y se alejó.

Se detuvo cuando llegó a donde había dejado su bicicleta, no siguió más allá. Por el momento, respetaría los deseos del chico, pero no lo iba a abandonar. No hasta que se asegurara de que estaba bien. A fin de cuentas, no estaba equivocado cuando dijo que había sido su culpa.

Observó al muchacho ayudar al hombre a sentarse de nuevo contra la pared, le hablaba en voz baja. Sin prestar atención a la sangre que cubría un lado de su cara, el chico comenzó a buscar el paquete que había salido rodando cuando recibió el golpe. Al encontrarlo, lo desenvolvió y se lo puso en las manos al hombre, quien lo rechazó de un manotazo e hizo que el muchacho alzara la voz en protesta. Parecía una rebanada de pastel o, tal vez, un trozo de una hogaza, era difícil saberlo desde donde Stasia estaba parada.

Ese hombre, después de todo, no estaba abandonado. Stasia desconocía las circunstancias que lo habían llevado a ese momento y lugar, y no estaba segura de qué o quién era para el chico, pero aún tenía a alguien que se preocupaba por él a pesar de sus acciones. De alguna manera, ese conocimiento hizo que se sintiera aún más triste.

La interacción entre ellos continuó durante un tiempo. La conversación subía y bajaba de volumen, mientras los hombros del muchacho se encorvaban o enderezaban al compás. En un momento, el chico se puso de pie y alzó las dos manos. El hombre, que estaba en el suelo, le gritó algo ininteligible y retiró la cara, encogiéndose más contra la pared. El chico se dio la vuelta, con el rostro inexpresivo, la postura rígida y la mirada fija

en el suelo. Avanzó hacia donde estaba Stasia, deteniéndose al percatarse de su presencia. El sangrado encima de su ojo se había hecho más lento, pero la piel de alrededor empezaba a amoratarse e hincharse.

—No lo puedes evitar, ¿verdad? —la increpó y miró con desdén—. ¿Tenías que quedarte a ver el espectáculo?

Stasia parpadeó.

—No entiendo...

—Te dije que nos dejaras en paz.

—Necesitas que te atiendan la herida.

El chico le respondió con un ruido grosero y siguió caminando. Stasia dejó que se adelantara antes de tomar su bicicleta y caminar con ella para seguirlo a la distancia. El muchacho se dirigió al oeste, lejos de las tiendas y los cafés, y cruzó el Boulevard des Belges hacia el *hôtel-Dieu*. Bien. En el hospital, alguien atenderá su herida.

Sin embargo, no parecía que fuera a entrar al hospital para buscar un médico. Más bien, pasó muy deprisa frente a las puertas del edificio, agachando la cabeza y limpiándose de nuevo la sangre del rostro con la manga de la camisa. Dos mujeres, vestidas muy elegantes con atuendos veraniegos y tacones, se desviaron de la banqueta empedrada para evitarlo. Ambas apretaron su bolso con más fuerza bajo el brazo; aunque, si él se dio cuenta de eso, no dio ningún indicio. Stasia frunció el ceño, incrédula y resentida con esas mujeres por su insensibilidad. Seguramente, se dieron cuenta de que estaba herido, ¿no? A alguien tenía que importarle, ¿verdad?

El chico dio la vuelta en la esquina y siguió caminando por el lado noroeste del hospital; solo se detuvo cuando llegó a un par de puertas de servicio maltratadas que había en la pared del largo edificio. Afuera de estas puertas, contra las paredes de piedra, había pilas de desechos que parecían equipos averiados. El muchacho se puso a buscar algo entre los residuos abandonados. Desde el otro lado de la calle, Stasia observaba, desconcertada, cómo sacaba un trozo de alambre de la parte superior de un

montón de cables enredados y lo enrollaba con cuidado para luego deslizarlo en su morral.

De otra pila, recogió varias piezas y componentes pequeños, la mayoría de los cuales Stasia no pudo identificar, y todos los objetos iban desapareciendo en su morral con la misma entrenada eficiencia. Cuando llegó a la última pila, hizo una pausa antes de sacar una pequeña lata encajada entre el montón de escombros y el edificio. Una vez que la extrajo, le dio la vuelta en sus manos y sonrió, aunque casi de inmediato su sonrisa se convirtió en una mueca de dolor y se tocó el costado de la cara.

De repente, se abrió una de las puertas; el muchacho se dio la vuelta y saltó con agilidad a un lado. Un hombre corpulento salió a tropezones, gritando y agitando el puño. Stasia no alcanzaba a escuchar lo que decía, pero era obvio que estaba furioso y, claramente, se dirigía al chico ensangrentado, quien ahora se aferraba a su morral con firmeza mientras se alejaba corriendo de esa calle. Sin mirar atrás, se escabulló detrás de un vendedor de periódicos y sus pilas de papel, luego salió disparado rodeándolo, lo que, sin complicación, dejó rezagado al agitado empleado del hospital que lo perseguía sin aliento.

Stasia se subió a su bicicleta y siguió al chico hasta que, finalmente, disminuyó la velocidad y, libre de la persecución, empezó a caminar hacia el sur a lo largo de la suave curva del Sena. Por un breve instante, Stasia se preguntó si debía dejarlo en paz. Él había dejado más que claro que su ayuda y presencia no eran bienvenidas; no obstante, al instante siguiente, supo que no podía, ni quería, abandonarlo. Estaba herido, en parte, debido a sus acciones, además avanzaba en la misma dirección en la que estaba la granja de sus abuelos. Satisfecha de haber encontrado la justificación que necesitaba, Stasia dirigió su bicicleta hacia el camino.

No fue difícil seguirlo, aunque le daba gusto tener la bicicleta porque no hubiera podido seguirle el ritmo a sus largas zancadas de otra manera. Lo alcanzó pasando el puerto donde, a su izquierda, la superficie del río brillaba como un diamante bajo

el sol de junio. Cuando dejó la ciudad atrás, sus pasos empezaron a levantar pequeñas nubes de polvo que se elevaban y dispersaban en la brisa, dejando un ligero aroma a tiza en el aire, el cual ya estaba impregnado del fuerte olor de la espesa vegetación que bordeaba la orilla del río. Stasia disminuyó la velocidad lo suficiente para mantener el paso con él, esperando que respondiera a su presencia.

No lo hizo.

De cerca, Stasia pudo ver que la herida estaba sangrando de nuevo. La inflamación era peor, tanto que dudaba que pudiera seguir viendo con ese ojo durante más tiempo. La sangre seca se le había incrustado en el cabello y por encima de la oreja. Si la herida le dolía, no lo demostraba, pero Stasia sabía que seguro le punzaba con cada paso que daba.

—De verdad necesitas puntos —le dijo por fin.

El muchacho no le respondió nada, solo aceleró el paso.

—No tomaré mucho tiempo —señaló Stasia, intentando convencerlo—. Y sanará más rápido.

—Vete. —El chico pateó una piedra en el camino—. Déjame en paz.

—No —respondió ella con calma.

—Entonces, ¿no vas a dejar de seguirme? —le preguntó, todavía sin voltear a verla.

—No, hasta que aceptes que te atiendan la herida.

Al chico se le escapó una risa seca y sin humor.

—¿Que me atienda quién? ¿Tú?

—Sí.

Eso pareció llamar su atención. Volvió sus ojos grises y helados hacia ella, aunque el efecto quedó bastante atenuado porque uno de sus ojos estaba casi completamente cerrado por la hinchazón.

—Claro, porque eres doctora —declaró con tono cargado de burla e incredulidad.

Stasia estaba acostumbrada.

—Todavía no.

—¿Qué significa eso?

—Significa que mi madre murió de polio cuando yo tenía seis años. Por eso, en cuanto tenga la edad suficiente para asistir a la universidad, aplicaré para entrar a la facultad de medicina y convertirme en doctora. Descubriré cómo evitar que las madres, las hermanas, los padres y los hijos de otras personas mueran de lo mismo.

El muchacho cerró la boca de golpe y retiró la mirada.

Stasia también estaba acostumbrada a esa respuesta. Con los años, había aprendido que era mejor dejarle claro a la gente esto desde el principio. De todos modos, siempre se lo cuestionaban y de esta forma evitaba la predecible serie de comentarios sarcásticos que, de otra manera, habría recibido acerca de sus ambiciones.

—Mientras tanto, he aprendido algunas habilidades básicas, por ejemplo, coser heridas que podrían dejar cicatrices desagradables si no se atienden a tiempo.

Stasia esquivó un hoyo con su bicicleta, tratando de mantener en equilibrio unos paquetes envueltos que llevaba en la cesta. Junto a su mochila tipo *satchel*, había un paquete de botones de madera, pinzas nuevas para la ropa, dos latas de tabaco y papel de liar, un bote de azúcar de un kilo y tres jabones con aroma a lavanda. Todos esos artículos estaban en la lista de compras que sus abuelos le habían dado. Habría entregado sus encargos mucho más rápido si este chico obstinado fuera un poco menos impertinente.

—Me llamo Stasia —se presentó—. ¿Y tú?

—No sabes quién soy.

Era una afirmación y una pregunta a la vez, cargada de desconfianza.

—¿Debería saber? ¿Eres un príncipe o algo así? —le preguntó Stasia con tono despreocupado, pero recordó la imagen de las dos mujeres que lo habían evitado con urgencia y el hombre del hospital que lo había perseguido.

—Está claro que no eres de aquí.

Stasia resopló.

—¿Llegaste a esa conclusión únicamente porque no sé quién eres? Eso es demasiado arrogante, ¿no crees? De verdad debes ser un príncipe —comentó, luego dijo por lo bajo— o quizá un político.

El muchacho miraba con atención el río.

—Tal vez llegué a esa conclusión porque tu francés no es tan bueno como para engañarme.

—No quiero engañar a nadie. —Stasia se esforzaba mucho para perfeccionar su francés porque ser suficientemente buena en algo nunca fue bastante para ella, así que no le gustó el recordatorio de que no había dominado el idioma por completo—. Vivo en Róterdam. Durante el verano, vengo de visita con mis abuelos: los Moreau. ¿Los conoces?

—No. —Quitó la mirada del río y se enfocó de nuevo en ella. Stasia intentó no hacer una mueca de dolor; la inflamación de su ojo empeoraba con cada minuto que pasaba—. ¿Dónde viven? —preguntó.

Ella señaló con la mano hacia el espeso bosque que, desde donde estaban, junto al río que continuaba serpenteando hacia el sur, era solo una mancha oscura a la distancia.

—Del otro lado del bosque. Tienen una granja de trigo y verduras. También crían conejos, algunas vacas lecheras y dos docenas de cerdos.

—¿Por qué te quedas con ellos?

—Mi papá diseña y administra puertos. Vivimos en Róterdam, pero seguido viaja por trabajo a puertos de todo el mundo. A veces voy con él, excepto en los veranos, que vengo con mis abuelos porque necesitan ayuda. —Stasia hizo una pausa—. Esto no es justo, ¿sabes? Yo ya te conté mucho sobre mí y tú todavía no me has dicho ni tu nombre.

El chico pateó bruscamente otra piedra y no dijo nada.

—¿Quién era el hombre al que trataste de ayudar? —preguntó Stasia de repente—. El que pensé que estaba muerto.

Él permaneció en silencio.

—Fuiste muy amable, incluso después de que te golpeó.
El muchacho emitió un sonido ahogado, pero no respondió.
Stasia contó hasta veinte antes de suspirar, desesperada.
—Bueno. Entonces, yo te voy a decir Thomas.
—¿Qué?

Stasia señaló la lata que el chico había recogido detrás del hospital y que todavía llevaba en la mano. Era una lata de tabaco con colores azul y dorado que decía «Usines Thomas Philippe, Culdessarts» en la tapa.

El chico al que llamó Thomas gruñó.

Continuaron en silencio durante otros tres kilómetros; Thomas la ignoraba a propósito y Stasia lo observaba desde su bicicleta. Se preguntó si llegarían hasta Le Havre así, él siendo demasiado terco para reconocer su presencia y ella demasiado obstinada para dejarlo...

Sin algún tipo de advertencia, él salió corriendo por un camino lleno de maleza y bordeado de árboles y arbustos que necesitaban una poda urgente, y desapareció. Stasia lo siguió, preguntándose cómo era que no había notado ese camino antes, pero sus reflexiones se vieron interrumpidas cuando se vio obligada a seguir a pie para no golpearse la cabeza contra las ramas bajas y colgantes. Caminó rápido con la bicicleta, mientras las ramas y enredaderas le rasguñaban las pantorrillas y se le enganchaban en el dobladillo de la falda. Llegó a un punto en el que el camino se bifurcaba en otros senderos sombríos y ninguno daba señales de ser el que podría haber tomado Thomas. Murmuró entre dientes, segura de que para cuando terminara de dilucidar ese laberinto cubierto de hierba, él ya estaría lejos. Sin duda, esa era la idea.

Eligió la ruta que mejor le acomodaba a su bicicleta y aceleró el paso lo más que pudo; finalmente, salió del tupido dosel de sombra y parpadeó bajo la repentina y deslumbrante luz del sol.

Se encontró cara a cara con un ángel.

Eternamente congelado en el tiempo, el ángel había quedado capturado en pleno vuelo sobre un pilar de piedra, con las

alas desplegadas hacia el cielo detrás de su agraciado cuerpo. Su rostro, esculpido con una inmensa tristeza, miraba hacia abajo y tenía las manos de piedra extendidas como si desearan alcanzar algo que jamás podrían tocar. La escultura era inquietante y hermosa a la vez; Stasia estaba segura de que nunca había visto algo tan conmovedor. En especial, considerando el extraordinario jardín en el que el ángel vivía.

No se parecía para nada al ordenado huerto de su abuela. Este jardín estaba rodeado por muros de piedra desmoronados color crema, cubiertos de brillantes flores amatista que brotaban de una cortina esmeralda. Alrededor de un tumultuoso arcoíris de flores, se elevaban árboles altos que daban sombra a una miríada de misteriosos caminos empedrados, los cuales terminaban en pequeñas islas de radiante sol como en la que ella estaba. Stasia reconoció algunas de las flores porque su abuela también las cultivaba, como el helenio carmesí y mandarina intenso o la salvia violeta y azul violáceo, pero había muchas otras que no conocía. Oculto en un rincón, entre las copas de dos hayas enanas, había un pequeño edificio de piedra del mismo color que los muros del jardín. El óxido del pesado picaporte de hierro teñía la parte inferior de la puerta descolorida, mientras que persistentes manchas de pintura de cobalto aún se aferraban a la madera.

Stasia bajó de su bicicleta una vez más y la apoyó contra la corteza rugosa de un árbol, sacó su mochila de la cesta y se la colgó al hombro. Cautivada, se aventuró dentro del jardín. Rodeó dos enormes urnas de piedra, agrietadas y despostilladas, pero todavía rebosantes de vegetación, como para compensarlo. Los árboles se elevaban por encima del muro más distante del jardín, un denso bosque lleno de sombras frescas.

Se acercó al ángel y lo rodeó pausadamente. Era el tipo de lugar en el que Stasia no podía evitar imaginarse a hermosas princesas con vestidos plateados vaporosos, caminando con unicornios mágicos de melenas plateadas y ondulantes. Podía imaginar elfos y hadas en este mundo oculto, bañado por el sol, y,

si escuchaba con atención, le parecía oír el tintineo de sus alas bajo el zumbido de las abejas en busca de flores y las canciones de las alondras en las ramas. Se moría por sacar sus lápices de la mochila y empezar a dibujar las visiones que danzaban en su mente...

Una maldición en voz baja la sacó de su fantasía. Stasia estaba tan absorta que no se había dado cuenta de que Thomas estaba sentado a la sombra del ángel de piedra, casi invisible entre la hierba de la base. Volvió a maldecir, rompiendo el encanto por completo; Stasia vio que él inclinaba la cabeza en renovada concentración. En silencio, se quedó observándolo y, después de un rato, se percató de que estaba inclinado sobre la lata de tabaco robada, intentando forjar un cigarro. Luego de mirarlo a escondidas un rato, viéndolo batallar, le quedó claro que nunca había forjado uno antes.

—Si quieres, te puedo enseñar cómo se hace —le ofreció.

Thomas se puso de pie de un salto, el papel salió volando y el tabaco se esparció en el suelo como copos de nieve arrugados y cafés.

—Jesucristo —refunfuñó.

—No, soy yo.

—¿Qué hice para merecer esto? ¿Qué tengo que hacer para deshacerme de ti?

—Déjame atender tu cortada y luego me iré.

—Ya te dije que no necesito ni quiero tu ayuda, en absoluto.

—Se alejó más de ella.

—La verdad, no me importa lo que creas que no necesitas

—respondió Stasia, sacando una pequeña bolsa de su mochila.

—¿Qué demonios es eso?

—Un botiquín médico. Puedo limpiar y suturar tu herida aquí mismo.

—Eres completamente idiota, ¿verdad?

Stasia ignoró su hostilidad.

—Mi abuelo fue camillero en la guerra —comentó—. Muchas veces los primeros auxilios que prestaba a los soldados en

el campo de batalla, antes de llevarlos a las ambulancias, eran la diferencia entre la vida y la muerte.

—Yo no me estoy muriendo —dijo Thomas con tosquedad. Stasia volvió a ignorarlo.

—Ahora siempre lleva a todos lados botiquines como este, por si acaso. Y me recomendó hacer lo mismo. Te sorprendería con qué frecuencia algo «idiota» se convierte en algo «útil».

Stasia dio un paso hacia él.

—Que no me vas a poner un dedo encima, carajo —protestó y dio otro paso hacia atrás, como un animal herido a punto de huir.

Stasia se quedó quieta. Luego, muy lentamente, devolvió el botiquín a su mochila.

—Está bien. No te voy a tocar. —Se apartó—. Me iré, pero primero voy a dibujar al ángel.

—¿Primero qué?

Stasia señaló la escultura sobre la cabeza del chico.

—Voy a dibujar al ángel.

—¿Por qué?

—Me gusta dibujar y escribir historias —dijo con confianza. Que él siguiera hablando con ella significaba que no huiría. Estaba decidida a mantenerlo así.

—¿Sobre ángeles de piedra?

—Sobre todo tipo de cosas; además, este ángel se ve triste.

—Es un pedazo de piedra —dijo Thomas con voz áspera—. Las piedras no tienen sentimientos.

Stasia caminó hacia el otro lado de la escultura, buscando el mejor ángulo. Se detuvo cuando, sobre la explosión de vibrante vegetación, vio un techo de tejas y una fila de ventanas rectangulares.

—Oh —exclamó—, estamos detrás del castillo de Montis-saire.

—Gracias a Dios que tu plan es ser doctora y no detective —dijo Thomas con sorna y Stasia se rio, lo que pareció sorprenderlos a ambos.

Ya había visto el mismo tejado y las ventanas del último piso muchas veces desde el camino, pero estaba distraída y no se había dado cuenta de que estaba tan cerca de su casa. La granja de sus abuelos estaba del otro lado del bosque que bordeaba la parte trasera de este jardín. De hecho, el castillo de Montissaire era su vecino más cercano, aunque nunca había estado dentro de la vasta propiedad.

El castillo lo construyó a mediados del siglo XVIII, en la cima de una colina, un antiguo conde de Cossé; supuestamente, para su amada novia, que murió antes de que el castillo estuviera terminado. Por lo menos, esa era la historia que le habían contado a Stasia. El castillo de Montissaire se encontraba ahora todavía en manos de lo que quedaba de la familia De Cossé y se alzaba por encima del río y los alrededores, presidiendo como una reina triste, solitaria y antaño grandiosa sobre sus súbditos. Si Stasia hubiera sabido que existía ese jardín, lo habría visitado desde hacía tiempo.

Se acomodó sobre un pedazo de hierba, en el ángulo perfecto donde los rayos del sol acariciaban la escultura. Abrió su mochila, consciente de que Thomas todavía la observaba, y sacó su cuaderno de dibujo.

—Es en serio. Todavía no te vas a ir.

—Después de que termine mi dibujo —le aseguró Stasia—. Lo prometo.

Se quedó en silencio durante cierto tiempo y luego preguntó:

—¿Qué más tienes en tu mochila?

—Mis lápices, unos recibos para mi abuela, mi cantimplora.

—¿Tienes algo de comer?

—Una galleta.

—¿Solo eso?

—Sí.

Él suspiró ruidosamente como si fuera un descuido imperdonable por parte de Stasia.

—¿La quieres? —Stasia sacó una galleta envuelta en un pañuelo y se la ofreció, pensando en el pedazo de pastel que le

había dejado al hombre del callejón—. La verdad yo no tengo hambre.

Thomas vaciló y luego la aceptó, tomándola con cautela, como si esperara que ella se la arrebatara. Se apartó y se metió la galleta a la boca.

—Es una tumba —afirmó de pronto.

—¿Qué?

—El ángel que estás dibujando. Si quitas las enredaderas, se puede ver la fecha debajo. La chica muerta tenía más o menos tu edad. —Hizo una pausa—. Murió hace unos sesenta años y la enterraron justo aquí —agregó con la boca cubierta de migajas.

—¿Ah, sí? —Stasia tomó su lápiz.

—Y hay otra.

—¿Otra qué?

—Otra tumba. Justo al lado de la del ángel. Tiene una pequeña marca plana, pero no se puede ver porque está cubierta de pasto. Esa es de una anciana.

—Ujumm...

Ella mantenía el lápiz suspendido sobre el papel, pero las líneas que darían forma a la hermosa escultura no se revelaban aún. Después de un momento, quitó la mirada del ángel y su lápiz empezó a realizar trazos rápidos y seguros.

—Además está embrujado. Este jardín.

—Los fantasmas son cosas que la gente inventa para mantener a los demás lejos y fuera de sus asuntos —le respondió Stasia.

—Claramente, no está funcionando muy bien —murmuró él. Stasia se rio de nuevo.

Thomas hizo un gesto de frustración con las manos y se agachó para recoger el papel de liar que había quedado entre las largas hojas de pasto.

—Estás invadiendo propiedad privada, ¿sabes? —comentó. La imagen en la hoja tomó forma.

—Tú también.

—No, yo no.

—Por supuesto que sí... —El lápiz de Stasia se quedó inmóvil.

Stasia alzó la vista despacio y vio que Thomas se había vuelto a sentar debajo del ángel. Otra vez estaba tratando de forjar un cigarro, con menos éxito que la primera vez.

—No eres un príncipe —dijo ella en medio del silencio.

Él hizo un ruido tosco, pero, por lo demás, la ignoró.

—No eres un príncipe —repitió Stasia—. Eres el conde de Cossé.